

- Loida:** Soy Loida, la madre de Eunice y la abuela de Timoteo. Tal vez han oído hablar de él. Es un discípulo de Jesús, seguidor del apóstol Pablo. ¡Un muchacho maravilloso!
- Eunice:** *Madre, claro que saben quién es Timoteo. Pero ahora quieren saber por qué estamos aquí.*
- Loida:** Querida Eunice, estamos aquí para hablarles de nuestro don, de nuestro talento.
- Eunice:** *Lo sé mamá. Debemos decírselos.*
- Loida:** Bueno, empieza querida...
- Eunice:** *Hemos venido a ofrecer nuestro don de formadoras. Tengo que darle el crédito a mi madre. Toda la formación que recibí y que luego le pasé a Timoteo, la aprendí de ella. Es más, ella me ayudó a criarlo.*
- Loida:** Gracias, Eunice. Precisamente así era como hacíamos las cosas en ese entonces. Sí, les ofrecemos a ustedes el don de la formación. Y hemos tratado de discernir la manera de explicarles lo que esto significa.
- Eunice:** *Parecía muy sencillo hasta cuando empezamos a pensar seriamente. No estoy tan segura de que sea algo que uno pueda enseñar.*
- Loida:** ¡Claro que sí se puede! Yo te enseñé a ti, ¿no?
- Eunice:** *Bueno, no sé, madre. Tal vez lo heredé.*
- Loida:** Formar es prestarle atención a los detalles. Es contarles nuestras historias a nuestros hijos y nietos. En enseñarles los caminos de Cristo, mostrándoles que amar a Dios y amar a los demás es lo que se espera de ellos. Timoteo lo aprendió muy bien.
- Eunice:** *Sí, así fue. Debió haber impresionado a Pablo. Quedé sorprendida cuando nos mencionó en la carta que le escribió a Timoteo.*
- Loida:** ¡Él se dio cuenta de quién había hecho el trabajo difícil en la familia! Formar no es tarea fácil.
- Eunice:** *Así es. ¿Crees que marcamos la diferencia en la difusión del cristianismo?*
- Loida:** ¿Te refieres a ti y a mí?
- Eunice:** ¡Ajá!
- Loida:** Bueno – ¡Sí! Sí, creo que sí. De verdad lo creo. Timoteo no hubiera podido hacer todo lo que hizo si no hubiera tenido la crianza que tuvo. Hiciste una excelente tarea.
- Eunice:** *Gracias. NOSOTRAS hicimos un excelente trabajo. Perdón. Creo que nos apartamos del tema. Como dije antes, explicar el don de formar no es fácil.*
- Loida:** Y ofrecer el don de formar no es tarea fácil tampoco.
- Eunice:** *Ya lo dijiste, mamá.*
- Loida:** Disculpa. Seguro que ya lo dije, pero vale la pena repetirlo: cuéntales tus historias, enséñales a tus hijos y a tus nietos a amar a Dios y a los demás, al prójimo, préstale atención a los detalles.
- Eunice:** *Y se quedarán gratamente sorprendidas de ver adónde los conducirán...*
- Loida:** y sus hijos y muchos otros cuyas vidas tocarán.
- Eunice:** *Buen trabajo, mamá. Creo que con esto terminamos ya.*
- Loida:** Me parece bien.
-

## *Sugerencias para el diálogo - Loída y Eunice*

---

¡Se imaginan la cantidad de volúmenes que podríamos escribir sobre cómo la fe formadora de nuestras madres y abuelas influenciaron nuestra historia de fe! El traspaso del conocimiento bíblico de una generación a otra es la piedra angular de nuestra fe. En el transcurso de mi crecimiento, mi abuela se aseguró de que nuestras visitas de verano de dos semanas coincidieran con la Escuela Bíblica de Vacaciones de la iglesia. De seguro que aprendimos mucho en la EBV, pero lo que más se nos quedó fue ver cómo nuestra abuela incluía a Dios en sus actividades diarias más triviales. Cuando estaba en el jardín le daba gracias a Dios no solo por la abundante cosecha, sino también por la oportunidad de ver una hermosa mariposa posada sobre los tomates. Mientras lavaba las verduras que había recogido en la hortaliza, agradecía a Dios por el agua del pozo en la que podía hacerlo. Al sentarnos a la mesa, no solo le agradecía a Dios el alimento que con tanta bondad nos suministraba, sino también por los nietos sentados allí para compartir con ella ese alimento. Antes de irnos a la cama, la veíamos estudiar su lección de Escuela Dominical de la semana en la mesa de la cocina, fielmente, noche tras noche; y cuando ya nos acostábamos sabíamos que elevaría una oración implorando nuestra protección. No cabía la menor duda de que Dios estaba con nosotros en la casa de nuestra abuela, y cuando las dos semanas en su casa terminaban y regresábamos a la nuestra, la fe y el conocimiento de Dios habían crecido mucho.

Nuestros hijos, nuestros nietos y los niños de la iglesia nos necesitan más que nunca que los sustentemos, los animemos en su fe y en el conocimiento de las Escrituras. En la sociedad de hoy que marcha tan rápidamente, es muy importante que ellos reciban poderosas influencias espirituales de su familia y de la familia de la iglesia. Hoy más que nunca, necesitamos atender el llamado de Dios a entrenar a nuestros niños.

- ✦ ¿Estás aprovechando las muchas oportunidades que tienes de ser una mentora —la persona que orienta, aconseja y guía a otras— de las vidas de los niños? Invita a las mujeres para que mencionen todas las relaciones con niños y jóvenes a los que consideren que les están dando un testimonio del amor y de la gracia de Dios. Escriba todos los nombres en el rotafolio (hojas grandes de papel para colocar en la pared). (*Líder, asegúrate de tener estas hojas de papel y marcadores para esta actividad.*)

Anima a las mujeres de tu grupo a ser más activas en las vidas de los niños de su iglesia; por ejemplo, visitar sus clases de Escuela Dominical; leer la lección bíblica del día; hablarles de cómo era tu Escuela Dominical cuando eras pequeña; animarlos a leer la Biblia diariamente. En realidad, trata de conocerlos y de relacionarte con ellos. Notarán tu presencia en medio de ellos. El amarlos y enseñarles acerca de Cristo hoy, no solo aumenta la fe de ellos, sino que les das un ejemplo a seguir cuando sean adultos y los niños en sus vidas necesiten sustentar y fortalecer su fe.

- ✦ Entrégales tarjetas y bolígrafos y anima a las mujeres para que escriban una nota de estímulo a uno de los niños o jóvenes que nombraron (o a varios, si así lo quieren). Incluso dales la estampilla para asegurarte de que las notas de estímulo se envían por correo.

**ORACIÓN:** Gracias, Dios sustentador de todos los niños de nuestras vidas a quienes tenemos la oportunidad de alcanzar para hablarles de nuestra fe y del conocimiento de Cristo y del amor que él nos tiene. Guíanos y dirígenos para que podamos ser eficientes en nuestro ministerio con ellos. Gracias especialmente por aquellas personas que sustentaron y nutrieron nuestra fe mientras crecíamos y nos convertíamos en las mujeres que somos hoy. Amén.